



Humboldt. Hamburgo, República Federal Alemana. Año 3, Núm. 9,
1962.

JUAN CARLOS ANDRADE HEYMANN / EL CARNET

Antes de leer los cuentos de Juan Andrade. Los he leído ya, como se suele decir, pero desde las primeras líneas, se me sorprendió de que, en vez de los cuentos, en los hechos de la narración, la verdad científica poseyera tanta perspicacia para conducir la impaciencia argumental que todo lector tiene, como un adversario, frente al narrador.

A la segunda lectura, hecha ya con ánimo alerta, preparado a distinguir, por entre la intensidad del estado ambiente de la narración en sí, lo que hubiera de brevedad-verdad o de cuidadosos empujes prioritariamente poéticos, me sorprendió al hallar tan escaso número de precipitaciones a la adjetiva simplicidad de los principios.

Una vez, a decir lo cierto, estar leyendo a un escritor de oficio aprendido, aunque, por algún error, separemos la pinta formal como un aviso de que es indispensable volver a leerlos dos veces. El autor es un colaborador, que anda por los quince años, de mirada inquisitiva, lecturas bien hechas, entusiasmado solamente sujeto, con una disposición natural a la paciencia de fines y a la claridad especial de la composición.

Siento que los trabajos de mi próximo viaje me impidan leer otras cosas de Andrade y decir de ellas, en conjunto y con el detenimiento necesario, lo que, sin concesiones al elogio, significa en la concelección entera del Ecuador.

Me vale ahora antes a veces más que la facilidad con que el joven autor se mueve por entre la periferia de un arte de las difícil manufactura como en la del cuento. Me recuerda a Pope de la Cuadra, maestro del género. Y sé que Andrade no lo ha leído. Pero allí, en el joven, está ya la misma certeza introductoria al conflicto, la brevedad para llegar al centro del cuento, el buen humor de quien más se desahoga de los gustos del mundo, la imagen viva y ágil, aquella corriente, en fin, más naturalmente generada, que corre sin esfuerzos por su propio buen sentido.

Pasa de futuro magnífico la joven literatura —no juvenil— de Juan Andrade. En su admirable actualidad de edificación, lo leer ya en sus manos, por muestra de las debilidades de un aprendizaje que, de todas maneras, habrá de ser poseidamente adquirido, en un engranaje sin fin, de constante e insalvable insatisfacción.

Alfredo Parejo G.

En aquel día insólitamente cálido y luminoso, de una claridad que desde y entorpecía, el espíritu como se vio sumergido pesadamente en un letargo espantoso, la sangre hervía a borbotones como agua bajo la tostada piel de los monederos. Corría velozmente el curso de que por fin Francisco se había comprometido hacia el dispensario médico del poblado. Todos lo conocían: era el hombre más robusto y bien plantado de entre los habituales del lugar. Con su sombrero finamente labrado, de paja quemada y tejido en apretada labor, sus pantalones acampanados en curiosa capricha, el mozo mostraba los pantalillos bronceados, musculares y fuertes de quien es trabajador y honrado y se bruta la espalda con la diaria tarea campesina.

Sabía por la empolvada calleja y se detuvo dubitativamente ante la sucia y malvarada puerta de la casa de consulta pública del simpático doctor. Allí consultó por la duda, pero con una sonrisa flotante en las comisuras de sus labios, cruzó el umbral, viaje y caluro de aquel sitio y entró decidido a confiarse plenamente a

una persona tan respetada por los otros pobladores y por él mismo.

Ahora quedaban los planetas muertos, el sol agobiado y el lento fluir del río, los insectos zumbando sin cesar, acompañando en su canción a unos cuantos negros vuducos que yacían amodorrados sobre desconocidas tarimas polvorientas, babilónicas apenas el suave rumor melancólico de molinos improvisados, cónicos, fijos de límpidos y persectos horizontes al compás de alientos pausados en alcohol y en algunas recetas de más extrañas yerbas que lo común. El vapor mojado de la desnudez y el calor hacían la percepción del espectador. Muchachitos andrajados lanzaban pedras contra los cueros y las hojas deshilachadas de los techos de algunas casuchas; levantaban una ola amarillenta de tierra seca y agnaban los fétidos excrementos caudales, indolentes por el tiempo y el calor. Los rayos luminosos se estrellaban y se esparcían trizados en múltiples visiones, cuando infirmos se pulverizaban a través del agua cascante de los pequeños depósitos comunes. Su refracción en lími-

2/28

El Carnet [artículo] Alfredo Pareja D..

Libros y documentos

AUTORÍA

Pareja y Diez Canseco, Alfredo, 1908-1993

FECHA DE PUBLICACIÓN

1962

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

El Carnet [artículo] Alfredo Pareja D..

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile